



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Solemnidad de la Natividad del Señor (Misa de Nochebuena) S. I. Catedral – 24 de diciembre de 2010

Querido hermanos:

“No temáis pues os anuncio una gran alegría... os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor” (Lc 2, 10-11). Con estas palabras, en esta Noche santa, la sagrada Liturgia nos invita a celebrar con alegría el gran acontecimiento del Nacimiento de Jesús en Belén.

Como hemos escuchado en el Evangelio de Lucas, Jesús viene a nosotros en una familia pobre de medios materiales pero rica de alegría. Nace en un establo porque para Él no hay lugar en la posada (cf. Lc 2, 7); es recostado en un pesebre porque no tiene una cuna; llega al mundo en pleno abandono, ignorado por todos y, al mismo tiempo, acogido y reconocido en primer lugar por los pastores, a quienes el ángel anuncia su nacimiento.

Este acontecimiento esconde un gran misterio. Lo revelan los coros de los mensajeros celestiales que cantan el nacimiento de Jesús y proclaman *“gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”* (Lc 2, 14). La alabanza a lo largo de los siglos se hace oración que sube del corazón de las multitudes que en la Noche Santa siguen acogiendo al Hijo de Dios.

Éste es el gran Misterio. Nace un hombre que es el Hijo eterno del Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Sí, en este acontecimiento extraordinario se revela el misterio de Dios. El misterio ilumina el acontecimiento del nacimiento: un niño es adorado por los pastores en la gruta de Belén. Es *“el Salvador del mundo”*, es *“Cristo Señor”* (cf. Lc 2, 11). Sus ojos ven a un recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre, y en aquel “signo”, gracias a la luz interior de la fe, reconocen al Mesías anunciado por los profetas. Él es el Emmanuel, “Dios-con-nosotros”, que viene a llenar de gracia la tierra. Viene al mundo para transformar la creación. Se hace hombre entre los hombres para que en Él y por medio de Él todo ser humano pueda renovarse profundamente y llegar a ser hijo de Dios. Con su nacimiento, nos introduce a todos en la dimensión de la divinidad, concediendo a quien acoge su don con fe la posibilidad de participar de su misma vida divina.

La venida de Cristo entre nosotros es el centro de la Historia, que desde entonces adquiere una nueva dimensión. En cierto modo, es Dios mismo que escribe la Historia entrando en ella; y así el hombre condenado por su pecado es salvado por el Hijo de Dios encarnado que se hace uno de nosotros. El acontecimiento de la Encarnación se abre de esta manera para abrazar totalmente

la Historia humana, desde la creación a la parusía. Por esto en la Liturgia canta toda la creación expresando su propia alegría: aplauden los ríos, vitorean los campos, se alegran las numerosas islas (cf. Sal 98, 8; 96, 12; 97, 1).

Todo ser creado sobre la faz de la tierra acoge este anuncio. En el silencio atónito del universo resuena con eco cósmico lo que la liturgia pone en boca de la Iglesia: Cristo ha nacido para nosotros, ¡venid adorémosle! Cristo ha nacido para nosotros, ¡venid a adorarlo! ¡Éste es el anuncio de la salvación, éste es el mensaje de la Navidad!

A nosotros, mis queridos hermanos, al oír este mensaje se nos urge a tres actitudes importantes:

1. Vivir el Misterio con verdadera alegría. Sí, debemos hacerlo porque Dios ha venido a nosotros; porque podemos acoger a Dios que se acerca a nosotros hecho niño; porque el mensaje que nos trae nos envuelve en el plan salvador y amoroso de Dios; alegría, en fin, porque podemos comunicar tamaña noticia, la noticia, a los demás. Se trata de la alegría que experimentaron los ángeles que cantaron: *"Gloria a Dios en las alturas"*; la que sintieron los pastores que lo encontraron, lo adoraron y fueron a comunicarlo a los demás; la alegría inmensa de María y José que reciben al pequeño Niño llenos de gozo y felicidad porque Dios ha venido a ellos.

2. Acoger el Misterio con amor como María y José que lo acogen llenos de amor y desde el amor, como a lo más deseado; como los pastores que le ofrecen lo mejor. Así nosotros hemos de acogerlo con todo el amor de nuestro corazón porque, lo sabemos, amor con amor se paga.

3. Adorar el Misterio con profunda devoción puesto que Ése Niño es nuestro Dios, un Dios que se hace cercano a nosotros para que nosotros nos podamos acercar a Dios; que se hace hombre para que nosotros lleguemos a ser Hijos de Dios.

Mis queridos hermanos, os anuncio una gran alegría: en la ciudad de Belén nos ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor. Amén.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria